

USCRICION

En las oficinas de
CORRESPONDENCIA
ILUSTRADA, Infanta
n.º 43. bajo.
la librería de Pe-
rrera de San Jeró-
nimo, n.º 2; en
todas las demas li-
brerías, y en el cen-
tro de suscripciones,
Pasaje del café de
Madrid.

En provincias por
medio de nuestros
Corresponsales, ó
escribiendo directa-
mente á esta Adm-
nistración

Número suelto:
10 CENTS.



DIRECTOR, D. PEDRO PAGAN.

PRECIOS

Madrid, 1 mes. 2
Prov. 3 meses.

PORTUGAL
3 meses 7'

EXTRANJERO
3 meses..... 22'50

ULTRAMAR
3 meses..... 25

ANUNCIOS

Líneas.....
Comunicados y
reclamos. precios
convencionales.

Número suelto:
10 CENTS.



AÑO II.—(II Epoca.)

Sábado 4 de Junio de 1881.

NUM. 237

NUESTRO GRABADO

El de las Bocas del Ebro es un hermoso faro de segundo orden, el mejor quizás de cuantos están situados en la costa de Tarragona.

Para los que no han examinado de cerca ese aparato de extravagante construcción y de tan considerable altura, es difícil darse cuenta de la inmensa utilidad que presta.

Ya en otra ocasión hemos hablado de esto mismo, y ahora debemos añadir que en los faros como el que nos ocupa, la luz cambia de coloración, á medida que la enfocan hermosas lentes de color rojo ú otro color cualquiera que indiquen al navegante la naturaleza de aquella luz atentamente observada.

De día y con sol, el sextante puede dar exactamente la posición del buque, pero de noche es preciso recurrir á la estimación y deducir de la distancia recorrida el punto alcanzado por el barco. Este último procedimiento hace con frecuencia incurrir en error; pero éste se disipa cuando la luz de un faro viene á borrar todo género de duda acerca del punto de la costa que se tiene próxima.

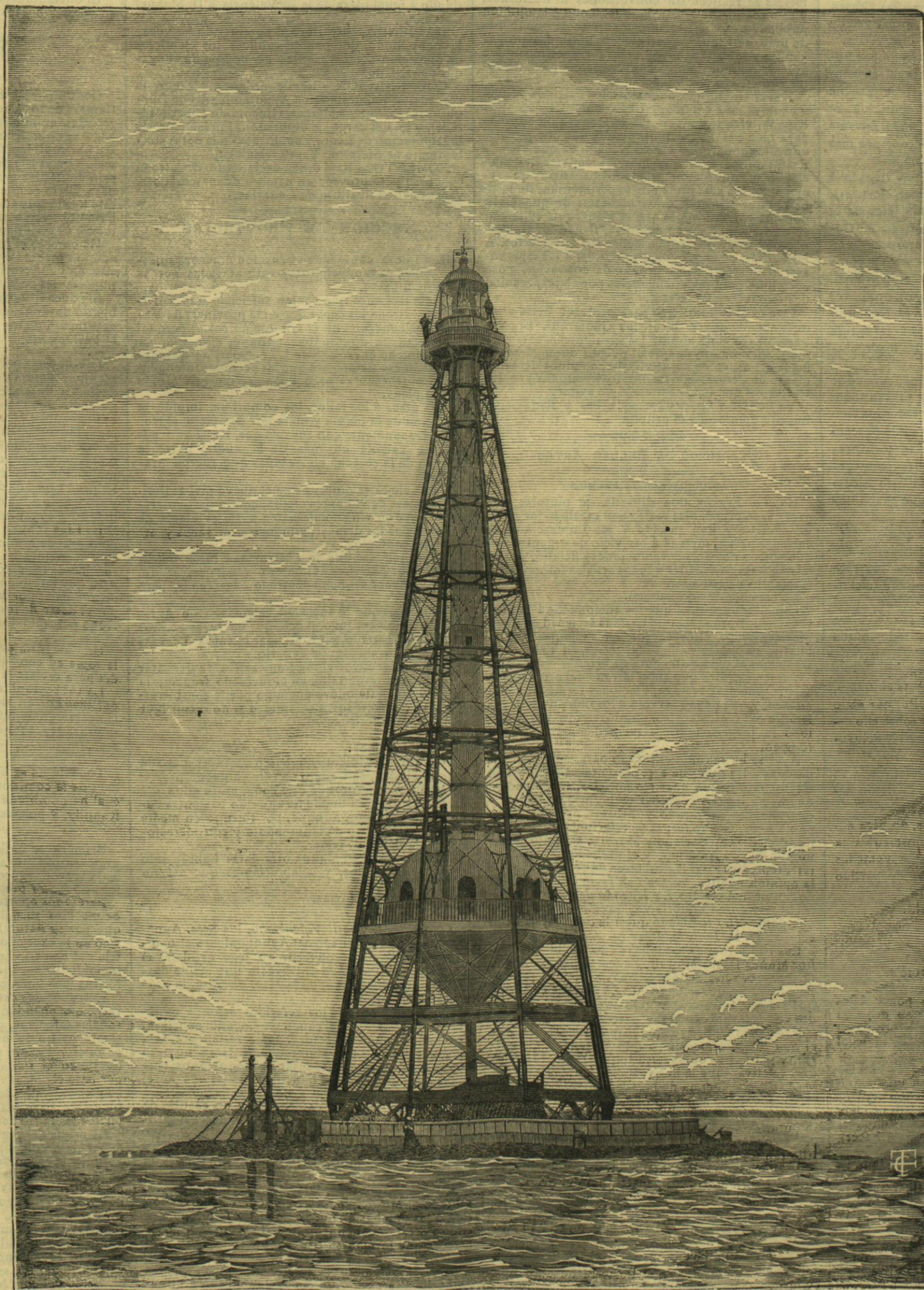
Aun sin conocimientos especiales de la costa que se recorre, basta apreciar por los colores de la luz el orden del faro, para buscar después en las cartas de á bordo, constantemente modificadas por las direcciones de Hidrografía, la posición del buque con toda la exactitud apetecida. Esto, en el caso frecuente de que el cielo se presente nublado y no sea posible tomar la altura por el examen de las constelaciones.

Los faros marcan la ventaja incontestable del hombre de mar, sobre el hombre de tierra.

Saber por dónde se anda, es cosa que muy rara vez consigue el infeliz que navega por tierra.

Dirigir el rumbo de una casa haría reír á cualquier marino, y sin embargo, es lo más serio que puede preocupar al hombre más atrevido.

La casa no se mueve, pero da tumbos y muy á menudo se oyer decir, condensando en una fra-



se la catástrofe final de una familia:

—«Esa casa se ha hundido.»

Y esto se explica fácilmente: á bordo de un barco reina la disciplina y el capitán se hace obedecer ciegamente.

Pero, á bordo de una casa, cuya tripulación se compone de una esposa que representa al segundo del buque, la suegra que es el contramaestre, las niñas casaderas parte la más levantisca y alborotada de la tripulación, el pollo que hace las veces de grumete, y quizás algún elemento extraño que representa al piloto, la catástrofe es con frecuencia inevitable.

Si las opiniones del segundo no son las del capitán, si el contramaestre aprovecha la ocasión para gritar que no se hace caso de sus consejos, si las niñas obedecen y dan lugar á algún lamentable caso de abordaje, si el grumete se ocupa en abrir vías de agua en el casco de la gaveta paterna, la casa se va á pique.

Aun hay otro peligro mayor, y puede ocurrir otra desgracia más sensible.

En el rol de la tripulación de tierra, el papel de piloto debe suprimirse, y el capitán cónyuge debe tener el timón á su cargo.

Cuando esto no sucede, y el timón pasa á manos extrañas que lo manejan en la sombra sin que el capitán tenga de ello la menor noticia, ya pueden ustedes imaginar lo que ocurre.

El buque marcha entonces siguiendo un derrotero falso hasta que se hace la luz para el marido.

El faro es entonces la noticia.

Pero faro fijo que se puede confundir con una estrella, y que acarrea así la última desgracia.

Ya lo saben los maridos: mucha disciplina á bordo y no abandonar el timón jamás: á estos se reduciría todos los conocimientos que reclama la aguja de marear.

Pero ¡ay! que no son ellos los más versados en marear ni en la aguja tampoco.

F. S. DE LA PEDROSA.